

DEL AYER ISLEÑO

UN CRIADO MAS QUE LE SIRVA

por LUIS RIVERO LUZARDO



Antaño -de ello han discurrecido sus buenas 5 décadas- en cualquiera de los barrios populares de la capital o en los pueblos, pagos, caseríos o lugares de todo el ámbito de la isla - ello casi siempre entre la gente modesta y humildé -las llamadas clases populares- existía una curiosa y muy singular costumbre que no dejaba de ser y tener visos de fina cortesía con su mucho de civilidad.

Ello era el que cada vez que una mujer casada (no conocimos esto en las solteras) daba a luz, bien por primera vez o por repetidos alumbramientos, lo primero que se hacía, una vez "aviada" la parturienta, poner en orden la pieza donde había tenido lugar el parto y echar en el braserillo de alfarería el zahumerio para que toda la casa oliera a parida, lo primero que se hacía, decíamos era "mandar el recado de la nueva" (el nacimiento del nuevo vástago) a los familiares, vecinas, amistades y conocidas de más intimidad.

El encargado o elegido para este menester, casi siempre, era uno de los hijos mayores de los nuevos padres. Si no lo tenían

(porque era primípara o porque éstos eran pequeños) entonces se encargaba de ello un miembro de la familia: casi siempre una hermana mayor, soltera, o un sobrino.

Y ahí habíamos de ver al "propio" o "recadero" de un lado para otro con desplazamientos más o menos largos, de "visiteo" de una a otra vivienda para llevar el tradicional recado:

-Mariquita, de parte de mi madre que ya tiene un criado más que le sirva.

Uno que tuvo la buena o mala suerte, vaya usted a saber, de ser el primero de los hijos de una familia numerosa, le "tocó", casi siempre, apenar con este protocolario y singular cometido: dar la "nueva" cada vez que arribaba de París uno de sus hermanillos. Por aquellas calendas no los traían aún las cigüeñas y mucho menos los aviones que casi eran desconocidos.

Y, la verdad sea dicha, a uno no le disgustaba del todo ser esa especie de correvedile, el portador de aquella embajada; pues por aquellas témporas (entre los 6 u 8 años) éramos apenas unos "bagañetes" -unos verdaderos "pendejillos" como quien dice- y nos enorgullecía, ya que nos imbuía de cierta aureola y categoría ante los demás chicos.

Casi nada: tener un nuevo hermano con lo que se aumentaba la familia ya de por sí bien recargada; con ello, nos parecía, le "majábamos las liendres" a los demás.

Así, al menos, por mor de la inocencia, lo creía uno; ya que desconocía, ni tenía idea de eso que llaman nivel de vida, subdesarrollo, las nada halagüeñas perspectivas que supone tener una familia numerosa con una base económicamente débil.

Pero por lo que más nos alegraba esto, y hasta nos llenaba de regocijo, cada vez que se producía una nueva adición, era por los "caídos" (esos imprevistos económico-benéficos) que traía consigo -verdadera ganga- el recién llegado a este valle de lágrimas.

Pues tras las varias decenas de aquellos recados: "mi madre que ya tiene un criado más que le sirva", dados a la vecindad, amigas, conocidas y familiares se sucedían -durante varios días- las visitas a la parturienta y cada una de éstas lo hacía provistas de sendos obsequios:

Libras de chocolate, azúcar, galletas de María, botellas de vino del Monte y hasta alguna que otra lata (de las de galletas) con sus cuatro o seis libras de bizcochos lustrados (que algunas llamaban "ilustrados") o "llanos" que eran los que carecían de ese "lustre" que le daba el almíbar de azúcar hecho al fuego.

Entre los regalos recordamos, con verdadera nostalgia, unas galletillas pequeñas, muy sabrosas, que le llamaban de "cien-to-en-boca" o, también, de "cochafisco"; unas redondas y otras de figuras múltiples.

Excusamos decir las "panzadas" que nos dábamos con tantas y abundantes golosinas.

Claro que, también, la familia de la parturienta estaba obligada a "convidar" a las visitas con galletas y vino tinto para lo que de antemano se encargaba una botija de éste en el Monte. También se hacía con anisado o mallorca que era como se llamaba por aquel entonces al anís.

Para los hombres había ron o coñac, siempre eran escasas las visitas de éstos. Recordamos perfectamente cuando en una ocasión ▶

nuestro buen padre, ante la llegada de un amigo, nos dijo textualmente esto: "Trae" la coñá pa brindara Panchito que le vamos a mojar los "humildes" al guayete".

Ahora bien, lo más sustancioso de este tenderete era lo concerniente al diario sacrificio de las gallinas que desde tiempo atrás se venían cebando para la etapa del postparto. Estas habían de ser de las llamadas ponederas (para esto no valían las "pollonas", las que pudiéramos llamar vírgenes en lo de la puesta de huevos).

Cada día -durante 7 u 8- se le retorció el "gañote" a una de estas aves que, junto con garbanzos, un tomate, media cebolla, una ramita de perejil y la sal necesaria para "templar" el caldo al que se le añadía para darle color, un papelillo de azafrán en rama.

Esto se iniciaba desde que el crío daba los primeros berridos y con ese caldo y un vasito de vino se atiborraba a la parturienta durante el día. Ya al siguiente y sucesivos se iba aumentando la dieta con otros alimentos: pan bizcochado, galletas, café y leche pero la voz cantante siempre la llevaba el caldo y más caldo. Así media docena de días.

Mientras, el resto de la familia y la partera que venía a diario a lavar al "criado" se comían la carne y los garbanzos, ambas cosas fritas al sartén con aceite de oliva y ello acompañado con pan y vino de la tierra.

Y, claro, con ello el neófito era un verdadero "criado para servir"; no a aquellas a las que se les daba el recado, sino que "servía" para que los de la casa "mataran el jilorio" en lo que respecta a repletarse de carne de gallina y golosinas.

Mientras la parturienta que estaba en la cama, muy bien abrigada para evitar los entuertos, sólo bebía caldo y vino de la tierra.

Como podrá apreciarse aquel molesto ir y venir de un lado para otro, de puerta en puerta, con el sonsonete de "un criado más que le sirva" y las inexcusables respuestas que habíamos de dar a las preguntas: ¿Un chiquillo macho...? "¿Ella está o quedó buena...?" "¿Y el niño es gordito...?", tenía su compensación...

Eso, al menos, creía uno por aquellos años.

CANARIOS ILUSTRES

EL GENERAL BRAVO



En un artículo necrológico publicado por El Diario de Las Palmas a raíz del fallecimiento del General don Pedro Bravo de Laguna (ocurrido en Madrid, el 10 de Agosto de 1896) se decía que la biografía personal del ilustre militar se confundía con la historia grande de Gran Canaria durante los últimos cincuenta años de su vida. "Su nombre -dice- va unido a todas las empresas y proyectos importantes que nos han asegurado la prosperidad; debemos a su iniciativa muchos de los beneficios de que disfrutamos y con su cooperación entusiasta contó siempre el Sr. León y Castillo, que le tuvo por un auxiliar celoso y resuelto. El fue precisamente quien antes que nadie, descubrió en don Fernando de León las altas cualidades que le han llevado a la posición brillantísima en que hoy se encuentra, consagrándose desde entonces con entusiasmo a abrirle camino, a allanarle obstáculos, a conquistarle votos y elementos, hasta conseguir que los canarios le invitiesen con su representación parlamentaria".

Además de militar valerosísimo, poseedor de diversas condecoraciones ganadas en acciones bélicas (intervino muy activamente en la campaña de Santo Domingo), don Pedro Bravo de Laguna, llevó a cabo en las islas una gran actividad política. Fue diputado a Cortes por el Distrito Oriental del Archipiélago y varias veces senador en distintas legislaturas.

También destacó don Pedro como hombre generoso, propulsor de la cultura insular. Fue durante muchos años presidente de la "Real Sociedad Económica de Amigos del País" y presidente del "Gabinete Literario". Durante su desempeño al frente de esta última sociedad se iniciaron las gestiones de compra del magnífico edificio que aún hoy le sirve de sede.

Su último servicio a la isla, el que le costaría la vida, fue el de hacer que se admitiese a Gran Canaria en la Cámara Popular. Un cronista de la época cuenta así el suceso:

"Indicáronle los médicos el riesgo que corría aventurándose en un viaje largo -a Madrid- y molesto y dedicándose a un trabajo impropio de sus achaques, y hasta llegaron a insinuarle la idea, para que desistiera de su empresa, de que su vida peligraba; pero don Pedro Bravo, en sus anhelos de continuar luchando por su país y por los ideales y aspiraciones que éste viene defendiendo desde que sufrió el despojo de su capitalidad, desoyó consejos y súplicas, y sereno y lleno del mismo entusiasmo que le dominara en sus años juveniles, marchó a Madrid de donde no habría de volver, cumpliéndose así las profecías de la ciencia y los presentimientos de su familia y amigos".